

4 de octubre de 2026

XXVII Domingo del Tiempo Ordinario. Dos semanas antes del Domingo Mundial de las Misiones

Vivimos en una cultura que constantemente parece medir el valor de las personas. ¿Quién tiene éxito? ¿Quién es atractivo? ¿Quién es útil? ¿Quién importa? Y con mucha frecuencia, quienes no parecen fuertes, productivos o deseables son relegados a los márgenes. En un mundo así, Jesús pronuncia estas palabras sorprendentes: «La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en la piedra angular».

La historia nos muestra lo peligroso que puede llegar a ser cuando una sociedad comienza a decidir que algunas vidas tienen menos valor que otras. El siglo XX nos dio un ejemplo aterrador de ello. En la Alemania nazi, las personas con discapacidades, los enfermos mentales y otros considerados «improductivos» fueron señalados como una carga para la sociedad. Muchos fueron esterilizados; otros fueron asesinados. Lo que comenzó con los más vulnerables terminó convirtiéndose en una maquinaria de muerte que acabó con la vida de seis millones de judíos y otros seis millones de personas inocentes.

Uno de los pocos líderes que desafió públicamente esas políticas fue el obispo Clemens von Galen de Münster. En una serie de homilías en 1941, denunció el programa nazi de eutanasia y advirtió que, cuando el Estado se atribuye el derecho de decidir qué vidas tienen valor y cuáles no, finalmente nadie está seguro. Habló especialmente en defensa de las personas con discapacidades, los ancianos y los indefensos, afirmando que toda vida humana posee una dignidad dada por Dios.

Las palabras de von Galen se difundieron por toda Alemania e incluso más allá, causando gran incomodidad al régimen nazi. Algunos funcionarios pidieron a Hitler que lo arrestara o ejecutara, pero temían convertirlo en un mártir mientras continuaba la guerra. Aunque este valiente obispo no pudo detener el mal que se estaba desarrollando, permanece como uno de los testimonios cristianos más claros contra la cultura de la muerte que había invadido la Alemania nazi. Una y otra vez, las Escrituras nos revelan a un Dios que se acerca especialmente a los vulnerables: la viuda, el huérfano, el extranjero y el marginado. No porque sus vidas tengan más valor que las demás, sino porque la sociedad con frecuencia los trata como si sus vidas tuvieran menos valor.

A lo largo de los Evangelios encontramos a Jesús acercándose y haciéndose uno con los rechazados, los olvidados y aquellos considerados una carga. Y luego Jesús mismo se convierte en el rechazado. El crucificado es apartado por el mundo, considerado prescindible y colocado fuera de la vista. Sin embargo, precisamente allí Dios revela su gloria: «La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en la piedra angular». Esta enseñanza continúa desafiándonos hoy. Debe transformar la manera en que vemos a los no nacidos, a los ancianos, a las personas con discapacidades, a los migrantes, a los presos e incluso a aquella persona difícil que pone a prueba nuestra paciencia. Un cristiano no pregunta primero: «¿Qué aporta esta persona?». Un cristiano pregunta: «¿Cómo está presente Cristo en este hombre, en esta mujer, en este niño?».

Esta enseñanza también nos dice algo sobre nosotros mismos. Nuestro valor no proviene del éxito, la belleza o la posición social. Nuestra dignidad proviene únicamente de esto: hemos sido creados a imagen de Dios. Esto significa que incluso en los momentos en que nos sentimos ignorados, olvidados o insuficientes, Dios no nos ha abandonado. Muchas veces es precisamente allí, en la debilidad y la vulnerabilidad, donde Cristo se acerca más a nosotros.

Quizás por eso la Iglesia celebra cada año el Domingo Mundial de las Misiones el penúltimo domingo de octubre. La misión de la Iglesia no consiste simplemente en realizar obras humanitarias o difundir ideas. La misión de la Iglesia es llevar a las personas a un encuentro vivo con Jesucristo. Es anunciar que toda vida humana posee dignidad porque cada persona ha sido creada a imagen y semejanza de Dios, y que la voluntad de este mismo Dios es que todos conozcan a Cristo, su Hijo, y encuentren la redención y la vida nueva en su Cuerpo y su Sangre.

En muchas partes del mundo, las personas viven con pobreza, violencia, persecución, soledad o desesperanza. Pero existe también otro tipo de pobreza: nunca haber escuchado que son amadas por Dios, nunca haber encontrado la esperanza del Evangelio, nunca haber experimentado la gracia de los sacramentos tal como son celebrados por la Iglesia.

A través de nuestras oraciones, sacrificios y apoyo económico en el Domingo Mundial de las Misiones, ayudamos a los misioneros a llevar este mensaje al mundo. Ayudamos a construir iglesias, apoyar escuelas y hospitales, formar seminaristas y catequistas y, sobre todo, ayudar a que otros conozcan a Jesucristo. La piedra rechazada se ha convertido en la piedra angular, y la misión de la Iglesia es ayudar al mundo entero a descubrir en Él el fundamento de la esperanza y de la vida nueva.

11 de octubre de 2026

XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario. Una semana antes del Domingo Mundial de las Misiones

Las bodas deberían ser ocasiones llenas de alegría. Las personas se reúnen con familiares y amigos. Hay música, celebración, comida, risas y esperanza para el futuro de los novios. Y, sin embargo, Jesús cuenta una parábola de bodas que se vuelve oscura casi de inmediato. Los invitados se niegan a asistir. Otros se vuelven violentos y matan a los siervos enviados para invitarlos. Al final del relato, una ciudad queda en llamas y otro invitado es expulsado a las tinieblas. Es una de las parábolas más extrañas e inquietantes que Jesús pronunció.

Quizás esto se debe a que la parábola no trata solamente de un banquete de bodas. Trata de la invitación de Dios a la humanidad. El rey representa a Dios Padre, y el banquete representa la alegría de la comunión con su Hijo. Una y otra vez, Dios llama a las personas no simplemente a cumplir deberes religiosos, sino a entrar en una relación de vida y amor con su Hijo. Sin embargo, con demasiada frecuencia esa invitación es ignorada, rechazada o dejada de lado. La parábola de Mateo nos presenta un mundo que resulta dolorosamente familiar: un mundo que continúa alejándose de Aquel que es el único que puede darle vida.

El profeta Isaías describe esta condición como «el velo que cubre a todos los pueblos, la tela que está tejida sobre todas las naciones». Los seres humanos anhelan alegría, paz, sentido y amor, pero quedamos atrapados en el egoísmo, la división, el miedo y el pecado. Buscamos la plenitud en tantos lugares, pero nuestro corazón permanece inquieto. Detrás de gran parte de la tristeza y la confusión del mundo se encuentra la tragedia de que muchas personas aún no conocen a Cristo, o ya no lo reconocen como la fuente de la vida.

Pero lo sorprendente de la parábola es que el rey no se da por vencido. Una y otra vez envía siervos a los caminos, continuando la invitación al banquete. Esa perseverancia nos revela algo importante sobre Dios. Dios nunca deja de buscarnos. Nunca deja de desear que las personas conozcan a su Hijo y compartan su vida. Y el Padre ama tanto que incluso envía a su propio Hijo, quien finalmente entrega su vida para que podamos alcanzar la salvación y la vida eterna con el Padre por medio de Él.

Cada Misa es un anticipo de ese banquete al que esperamos llegar en el cielo. Cada domingo, en medio de un mundo herido y dividido, Cristo nos reúne alrededor de su mesa y nos alimenta con Él mismo. Bajo los signos sencillos del pan y del vino, el Señor resucitado nos entrega su propia vida, que nos concede la gracia y la fortaleza para vivir como Él nos llama a vivir.

Y, sin embargo, la parábola de Mateo incluye esa imagen inquietante del invitado que no llevaba traje de fiesta. En las Escrituras, la vestidura con frecuencia simboliza la condición del corazón. San Pablo nos habla de revestirnos de compasión, bondad, humildad, paciencia y, sobre todo, de amor. Si el banquete representa la vida en Cristo, entonces el amor es la vestidura que estamos llamados a llevar. No basta simplemente con aceptar la invitación de manera externa. Cristo desea transformarnos poco a poco desde nuestro interior.

Eso no es fácil. Muchas veces es más sencillo permanecer en el resentimiento, la indiferencia o incluso el cinismo. Sin embargo, cuanto más nos acercamos a Cristo, más nos enseña a amar. La buena noticia es que Dios mismo nos concede aquello que nos pide. Como dice san Pablo hoy: «Mi Dios proveerá a todas sus necesidades, conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús». Llegamos al banquete indignos y sin estar preparados, pero Cristo poco a poco nos reviste con su gracia.

Y ese don nunca está destinado a quedarse solamente con nosotros. El próximo domingo, la Iglesia celebra el Domingo Mundial de las Misiones. En el corazón de la misión de la Iglesia se encuentra la misma invitación que escuchamos en el Evangelio de hoy: Vengan al banquete. Vengan y conozcan a Cristo. Vengan y descubran la vida que solo Él puede dar.

Todavía hay muchas personas en el mundo que nunca han encontrado verdaderamente a Jesucristo o que nunca han escuchado el Evangelio proclamado de una manera significativa. A través de nuestras oraciones, sacrificios y generosidad, ayudamos a la Iglesia a continuar enviando servidores por los caminos: ayudando a los misioneros a anunciar el Evangelio, celebrar los sacramentos, atender a los pobres e invitar a otros a participar en la alegría del Reino de Cristo. La invitación continúa extendiéndose, y cada uno de nosotros está llamado no solo a aceptarla, sino también a ayudar a que otros puedan escucharla.

18 de octubre de 2026

XXIX Domingo del Tiempo Ordinario. Domingo Mundial de las Misiones

Hay algunas palabras que escuchamos y olvidamos rápidamente: un eslogan, una promesa de campaña, un anuncio publicitario. Incluso las palabras amables pueden desaparecer casi tan pronto como son pronunciadas. Pero también existen palabras que, de alguna manera, cambian el rumbo de una vida, especialmente cuando estamos abiertos a un cambio, incluso a una conversión.

Un médico dice: «Los resultados de los exámenes salieron bien». Un esposo o una esposa dice: «Te amo». Un sacerdote dice: «Yo te bautizo...». Palabras como estas pueden comunicar algo poderoso. Y en el caso de los sacramentos, las palabras del sacerdote no se limitan a describir algo; realmente producen una nueva realidad. En el bautismo, esas sencillas palabras lavan el pecado y la muerte, y hacen de una persona un hijo de Dios y un miembro del Cuerpo de Cristo. Ese es el tipo de lenguaje que utiliza san Pablo en la segunda lectura de hoy cuando habla del Evangelio. Escribiendo a los primeros cristianos de Tesalónica, dice: «Nuestro Evangelio no llegó a ustedes solamente con palabras, sino también con poder y con el Espíritu Santo». No solamente con palabras, sino con poder.

Pablo conocía esta diferencia de primera mano. Cuando llegó por primera vez a Tesalónica, no llegó con riquezas, influencia política ni fuerza militar. Llegó simplemente anunciando a Jesucristo crucificado y resucitado. Y, sin embargo, de alguna manera, ese mensaje echó raíces. Las vidas cambiaron. Una ciudad que antes era completamente pagana se convirtió en hogar de una comunidad cristiana llena de vida. Y desde allí, el Evangelio se extendió hacia el resto de Europa.

Esa es la historia del cristianismo desde sus comienzos: el Evangelio echando raíces en los corazones humanos y convirtiéndose en algo vivido, visible y poderoso. Y esa sigue siendo la manera en que la Iglesia crece hoy.

En cada generación, el Evangelio avanza porque alguien lo lleva. Alguien lo enseña, lo vive, sufre por él, lo comparte y lo transmite. A veces esto sucede de maneras extraordinarias. Un sacerdote misionero viaja a una aldea remota. Una religiosa construye una escuela o cuida a los enfermos. Un catequista enseña la fe silenciosamente en circunstancias difíciles.

Pero con frecuencia el Evangelio se difunde de maneras mucho más sencillas. Un padre enseña a un hijo a rezar. Una familia permanece fiel durante las dificultades. Alguien perdona en lugar de buscar venganza. Un joven responde sí a una vocación. Un cristiano vive silenciosamente con integridad en un mundo que muchas veces recompensa lo contrario. Una y otra vez, el Evangelio se convierte en algo más que palabras. Se convierte en poder. Y cambia y transforma vidas.

Esto es parte de lo que celebramos en el Domingo Mundial de las Misiones. Hoy la Iglesia nos recuerda que la misión de Cristo se extiende mucho más allá de nuestra propia parroquia o vecindario. En este mismo momento, en todo el mundo, el Evangelio está siendo proclamado en aldeas pobres, ciudades abarrotadas, campos de refugiados, territorios de misión, hospitales, escuelas y prisiones. En algunos lugares, la Iglesia está floreciendo. En otros, sobrevive bajo la persecución, la pobreza o la violencia. Sin embargo, el mismo Evangelio continúa pasando de corazón en corazón, de cultura en cultura, de generación en generación. Y lo sorprendente es esto: Dios elige actuar a través de personas comunes.

La primera lectura nos ofrece un ejemplo sorprendente de esto. El profeta Isaías habla de Ciro, el rey de Persia. Ciro no era israelita. Sin embargo, Dios lo utilizó para sus propósitos. Por medio de él, el pueblo judío pudo regresar del exilio y reconstruir sus vidas. Es un recordatorio de que la providencia de Dios siempre es más grande de lo que imaginamos. Dios actúa en lugares que no esperamos y por medio de personas que nunca imaginaríamos.

La lectura del Evangelio nos muestra todo con mayor claridad. Jesús dice: «Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Y si aquellas antiguas monedas llevaban la imagen del César, entonces todo cristiano bautizado lleva la imagen de Cristo. Le pertenecemos a Él, lo que significa que la fe no puede permanecer como algo privado o pasivo. El Evangelio está destinado a llegar al mundo a través de nosotros. La pregunta no es solamente si creemos en el Evangelio, sino si los demás pueden ver su poder actuando en nosotros: a través de nuestras decisiones, nuestros sacrificios, nuestra compasión y nuestro testimonio.

Hoy, en el Domingo Mundial de las Misiones, la Iglesia nos pide no solamente admirar la labor misionera de otros, sino participar nosotros mismos en ella. Por medio de nuestras oraciones, de los sacrificios ofrecidos en unión con las misiones y de nuestro apoyo económico a la labor misionera de la Iglesia, ayudamos a llevar el Evangelio a lugares que quizá nunca veremos personalmente. En la providencia de Dios, incluso el acto más pequeño de generosidad puede ayudar a llevar la luz de Cristo a otro rincón del mundo. Y así, que el Evangelio que escuchamos hoy se convierta no solamente en palabras, sino en poder: vivo en nosotros y por medio de nosotros para la salvación del mundo.

25 de octubre de 2026

XXX Domingo del Tiempo Ordinario. Semana siguiente al Domingo Mundial de las Misiones

¿Alguna vez has conocido a alguien cuyo entusiasmo fuera simplemente contagioso? Quizás fue un maestro que amaba la materia que enseñaba, un entrenador que inspiraba a su equipo o un amigo que tenía tanta pasión por un pasatiempo que, poco a poco, todos a su alrededor comenzaron a interesarse también. El entusiasmo tiene una manera de propagarse. Naturalmente nos sentimos atraídos por personas que creen profundamente en algo y cuyas vidas reflejan esa convicción.

Eso es precisamente lo que san Pablo ve en los cristianos de Tesalónica. No eran famosos por ser numerosos o influyentes. Tesalónica era una ciudad portuaria llena de actividad, y los cristianos allí eran una minoría relativamente pequeña.

Sin embargo, Pablo les dice que su fe se había dado a conocer en toda la región circundante. La gente hablaba de ellos en todas partes adonde él iba. ¿Por qué? Porque su fe era contagiosa.

Pablo nos dice que los cristianos de allí habían «abandonado los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero». Su encuentro con Cristo los había transformado y habían abrazado el Evangelio con convicción. Permanecieron fieles incluso en medio de dificultades y oposición. Su fe no era algo que practicaban durante una hora cada semana. Daba forma a toda su vida. Como resultado, se convirtieron en lo que Pablo llama «modelos» para los demás creyentes. Sus vidas eran como un sermón vivo. Las personas podían ver en ellos cómo se veía el cristianismo llevado a la práctica. Me pregunto si lo mismo podría decirse de nosotros.

Algunos católicos de hoy pueden sentirse inseguros al hablar abiertamente de su fe. Vivimos en una cultura donde la creencia religiosa a menudo se considera un asunto privado. En algunos ambientes, la fe cristiana es recibida con indiferencia; en otros, con sospecha o incluso con hostilidad. Puede parecer más fácil guardar nuestras creencias para nosotros mismos, pasar desapercibidos en lugar de destacarnos. Sin embargo, los cristianos de Tesalónica no escondieron su fe. Aunque no buscaban llamar la atención sobre sí mismos, su fe era tan auténtica y visible en la manera en que vivían que los demás no podían dejar de notarla. Eran creyentes llenos de entusiasmo.

La palabra «entusiasmo» viene de una palabra griega que literalmente significa «Dios dentro». En el mundo antiguo, cuando alguien mostraba un celo o una alegría extraordinarios, se pensaba que un dios había tomado posesión de esa persona. Para los cristianos, esa imagen adquirió un significado más profundo. Por medio de su bautismo y confirmación, los tesalonicenses se habían convertido en morada del Espíritu Santo. Sabían que pertenecían a Cristo, quien los había liberado de una vida centrada en falsos dioses y promesas vacías. Habían descubierto la alegría de servir al Dios vivo y verdadero. Y esa alegría se desbordaba en su vida diaria. Y la fe se extendía. Así es como la Iglesia siempre ha crecido. La Iglesia no se extendió por todo el Imperio Romano porque los cristianos poseyeran riquezas o poder político. Se extendió porque los creyentes comunes vivían de manera diferente y su amor atraía a otros hacia Cristo. Las personas veían en ellos algo que también deseaban para sí mismas. Lo mismo sigue siendo cierto hoy.

La evangelización más eficaz comienza con cristianos cuyas vidas reflejan la presencia de Jesús. Una familia generosa. Un feligrés que sirve silenciosamente a los demás. Un joven que vive la fe con alegría. Un creyente que permanece lleno de esperanza en circunstancias difíciles. Estos son los testigos a través de quienes el Evangelio continúa extendiéndose. Y esto nos lleva a este mes de octubre, que la Iglesia dedica de manera especial a las misiones.

Cuando escuchamos la palabra «misionero», a menudo pensamos en un sacerdote, una religiosa o un voluntario laico que sirve en un país lejano. Ciertamente, ellos merecen nuestras oraciones y nuestro apoyo. Pero la obra misionera pertenece a toda la Iglesia. Toda persona bautizada está llamada a participar en la misión de Cristo, cada una según su propia manera. A principios de este año, el papa León recordó a la Iglesia que las Obras Misionales Pontificias son una de las principales formas en que todos los católicos pueden participar en esa misión. La mayoría de nosotros nunca viajaremos por el mundo como misioneros. Sin embargo, mediante nuestras oraciones, nuestros sacrificios y nuestra generosidad, podemos ayudar a llevar el Evangelio a lugares donde la Iglesia todavía es joven y está creciendo.

El mes pasado, la Iglesia celebró en San Luis, Misuri, la beatificación del arzobispo Fulton Sheen, una de las grandes figuras misioneras de la historia católica de los Estados Unidos. Aunque es recordado por su ministerio en la radio y la televisión, el obispo Sheen dedicó décadas a promover y apoyar la obra misionera de la Iglesia en todo el mundo. Con frecuencia recordaba a los católicos que no somos responsables únicamente de nuestra propia parroquia o diócesis, sino también de la expansión del Evangelio a todos los pueblos y naciones.

Los cristianos de Tesalónica permitieron que su fe resonara por toda una región. El beato Fulton Sheen desafió a los católicos estadounidenses a hacer lo mismo. Que nuestra fe resuene a través del testimonio de nuestras vidas, y que nuestras oraciones y apoyo a la obra misionera de la Iglesia ayuden a que otros conozcan y sirvan al Dios vivo y verdadero.